

caso que el siervo de Dios Fr. Martin de Valencia era muy apartado de conversacion y plática con seglares, amigo de soledad y recogimiento, por gustar en la continua oracion y meditacion cuán suave es el Señor á los que en él solo esperan, no por esto dejaba de volar la fama de su santidad y vida religiosa entre los poderosos del mundo, que con tales nuevas se movian á desear gozar de sus sanos consejos y espiritual doctrina. Y entre otros el conde de Feria, teniendo noticia de su persona, en el primer capítulo que se celebró despues de hecha provincia la custodia de S. Gabriel, rogó que pudiesen al santo varon Fr. Martin de Valencia en el monesterio de S. Onofre de la Lapa, uno de los siete dichos, que está dos leguas de Zafra, en tierra del conde. Pidió esto por su consolacion, por la fama que de él tenia. Y parece que fué provision divina, porque estando allí puso paz y concordia entre las dos casas; es á saber, la de Pliego y la de Feria, que poco antes se habian juntado. Que aunque el marques y la marquesa eran bien casados (como muy buenos cristianos y generosos), los caballeros empero y criados de aquellas dos casas estaban muy discordes y habia entre ellos mucho descontento. El marques envió por él una cuaresma desde Montilla, donde lo tuvo predicando y confesando, y confesó al marques y trató de la conformidad, y puso (como dicho es) tanta paz y concordia entre las dos casas, que mas les parecia á todos ángel que hombre terreno, atribuyendo á sus oraciones y santidad la tranquilidad y sosiego que habian alcanzado. Y en toda aquella comarca hizo gran fructo, y donde quiera que estaba lo tenían por espejo y dechado de toda virtud y religion. Mas tenia el varon santo por su gran humildad tan contraria opinion de sí, que con andar ocupado en continua oracion, y ser abstinentísimo y riguroso en la disciplina y aspereza de su carne, le parecia ser hombre inútil y sin provecho, y que no servia ni agradaba á Dios, ni hacia cosa que fuese meritoria. Y con este descontento de sí mesmo andaba imaginando qué haria y qué camino tomaria para darse á Dios enteramente, conforme al deseo de su espíritu, vacando á la oracion y contemplacion con quietud y sosiego, el cual no tenia por no poder huir la conversacion de seglares, á cuya importunidad habia dado entrada constreñido de la pura caridad, pero con la licencia que de cada dia mas iban tomando, ya le era penosa su familiaridad. Y pareciéndole que el mejor medio para alcanzar esto, era hacerse fraile cartujo, despues de haber pensado mucho en ello, y encomendándolo á Dios, habida licencia de su superior, púsose en camino para

efectuarlo por la obra. Mas como la voluntad de Nuestro Señor (á la cual él siempre se sujetaba y queria cumplir) era que no dejase el hábito del padre S. Francisco, quisóle por su humildad alumbrar, y fué en esta manera. Caminando para el monesterio de la Cartuja, adonde pretendia tomar el hábito, comenzóle á doler sin ocasion alguna el pié tan reciamente, que no podia andar. Con este estorbo de fuera conoció su espíritu claramente que no era la voluntad de Dios que dejase el hábito que tenia, y así se volvió al convento de donde saliera. Este deseo de la soledad, en alguna manera se le cumplió en la casa y monesterio de Nuestra Señora de Monteceli del Hoyo, adonde se mudó, y aprovechó allí mucho en el espíritu, por ser muy aparejada para la oracion, recogimiento y silencio, á causa de estar en el yermo, fuera de toda conversacion de seglares. Aquí fué el caballero de Cristo muy visitado y regalado de su fiel Capitan y querido Esposo; allí le hablaba al corazon tierna y regaladamente, porque para esto lo llevó á la soledad y le dió la leche de la contemplacion.

Osc. 2.

CAPÍTULO III.

De algunas terribles tentaciones con que el demonio procuró de inquietar á este varon santo, de que por la divina gracia salió vencedor.

EN este mesmo lugar de Nuestra Señora de Monteceli del Hoyo fué tambien el siervo de Dios tentado y ejercitado, porque á los que Dios quiere ensalzar y escoge para sus siervos y privados, primero los quiere purgar y los hace pasar por el fuego de la tentacion (como lo dice el salmista), para traerlos despues al refrigerio de las celestiales consolaciones y á la perfecta union del alma con su Criador. Pretendiendo, pues, el varon de Dios recogerse muy deveras y darse á él en este monesterio, permitiéndolo el mesmo Señor para mas aprovechamiento suyo, le procuró nuestro adversario muchas tentaciones y de muchas maneras. Comenzó á tener gran sequedad y tibieza en la oracion, y aborreció el yermo. Antes le daba contento el campo y la arboleda, y despues los árboles le parecian demonios. No podia ver los frailes con amor y caridad como solia. No tomaba sabor en cosa alguna espiritual, ni arrostraba á ella sino con gran sequedad y desabrimiento. Vivía con esto muy atormentado. Vínole sobre esto una terrible tentacion contra la fe, sin poder desecharla de sí. Parecíale que cuando celebraba y decia misa,

Psal. 65.

no consagraba, y como quien se hace grandísima fuerza y con gran dificultad consumia el Santísimo Sacramento. Tanto le fatigaba aquesta imaginacion, que no queria celebrar, ni cuasi podia comer, y estaba ya tan flaco de la mucha abstinencia y penitencia y de la afliccion de su espíritu, que no tenia sino solos los huesos pegados á la piel, y consumidas las carnes como otro Job. Y parecíale á él que estaba muy recio y bueno, y que tenia tantas fuerzas, que podría llevar mayor rigor consigo. Y pasando el dia entero sin comer, otro dia se hallaba con las mismas fuerzas que antes, y aun, segun él decia, con mas, y sin gana de comer. Estuvo de esta manera sin comer cuatro ó cinco dias, y enflaquecia mucho su cuerpo. Importunábanlo los frailes que comiese, y él decia que nunca con tantas fuerzas se habia hallado como entonces, que no era pequeña sino muy grande y sutil tentacion de Satanás, para lo derrocar de tal manera, que cuando ya lo sintiese del todo sin fuerzas lo dejase, y desfalleciese sin poder tornar en sí, ó enloqueciese, para lo cual ayudaba mucho velar tanto de noche sin dormir, como él lo hacia. Mas como Nuestro Señor nunca desampara á los suyos, ni permite que caigan en la tentacion, y es tan fiel que no deja ser tentado á alguno mas de aquello que puede sufrir, para que con la tentacion tenga aprovechamiento en su alma, dejó llegar á este su siervo hasta donde pudo sufrir la tentacion sin detrimento de su alma, y tuvo por bien que una pobre mujer le alumbrase y diese medicina para ella. Que es materia grande para considerar nosotros la grandeza de nuestro Dios, que no escoge los sabios y letrados del mundo, sino los simples y humildes para usar sus misericordias por medio de ellos, tomándolos por instrumento, como lo hizo en esta mujer simple que digo. Y acaeció en esta manera. Como el varon de Dios fuese del monesterio del Hoyo á pedir limosna del pan á un lugar que se dice Robleda, la hermana de los frailes viéndolo flaco y debilitado, díjole en entrando en casa: «¡Ay, padre! ¿y vos qué habeis, que parece quereis espirar de flaco?» Oyendo él estas palabras, como si se las dijera un ángel, y como quien despierta de un gran sueño, le cavaron el corazon. Y volviendo en sí, comenzó á pensar cómo no comia cuasi nada. Y decia entre sí, si por ventura aquello fuera tentacion, y consideró y creyó que cierto lo era. Y viéndose descubierto el enemigo, dejóle, y cesó la tentacion. Sintió luego el soldado de Cristo gran flaqueza y desmayo, y hallóse tan sin fuerzas, que no se podia tener en los piés. Comenzó á comer moderadamente, y de ahí adelante quedó mas avisado para conocer las astucias

Job 19.

1 Corinth. 10.

y engaños de Satanás. Deshicieronse con esto todos los demas ñublados de las imaginaciones y tentaciones espirituales que lo atormentaban. Y como bien purgado con la tentacion pasada, volvió á gustar con mas suavidad el manjar de vida en el santísimo Convite del altar. Y comenzó á amar de mas cordial y nuevo amor á sus hermanos los religiosos, abrazándolos y mostrando quererlos meter en sus entrañas. Y perseverando en este amor de los frailes con quien conversaba, trájolo Dios á un amor general de los prójimos, mereciéndolo sus obras y deseos; tanto, que por amor de ellos vino á desear padecer martirio entre infieles, por convertirlos y salvar sus ánimas.

CAPÍTULO IV.

Del deseo que concibió de padecer martirio por la salud de las almas, y cómo estando en España le fueron mostradas en espíritu las gentes infieles que despues vino á convertir.

ESTE ferviente deseo de ofrecerse al martirio por la salvacion de sus prójimos alcanzó el varon de Dios con muchos ejercicios corporales y espirituales, de ayunos, vigiliias y oraciones. Y creciendo en él con mucho fervor, quiso el Señor consolarlo, mostrándole en espíritu lo que de él tenia determinado en cumplimiento de este deseo. Lo cual pasó de esta suerte. Rezando una noche los maitines en el coro y comunidad del monesterio del Hoyo, una feria quarta en tiempo de Adviento, luego en el principio de ellos comenzó á sentir una devocion interior y á traer en la memoria la conversion de los infieles. Y pensando en esto, en muchos versos de los salmos que iba rezando hallaba entendimientos á este propósito, de que mucho se gozaba su alma y espíritu. Augmentábasele mas este deseo en aquel salmo que comienza: *Eripe me de inimicis meis, Deus meus*, donde dos veces se repite aquel verso, *Convertentur ad vesperam, et famem patientur ut canes*: convertirse han á la tarde, y padecerán hambre como perros. Y decia hablando consigo mesmo: «¿Cuándo será esto? ¿Cuándo se cumplirá esta profecía? ¿Cuándo será esta tarde? ¿No seria en este tiempo? ¿No seria yo digno de ver este convertimiento, pues ya estamos en las vísperas y fin de nuestros dias, y en la última edad del mundo?» Estas y otras cosas razonaba consigo el siervo de Dios, ocupando todos los salmos en deseos llenos de caridad y amor del prójimo. Sucedió por divina

Psal. 58.

disposicion que acabados los salmos de los maitines, no siendo él semanero en los oficios, ni cantor, le encomendaron que dijese las lecciones. Lo cual aceptó el siervo de Dios, y con pronta obediencia y voluntad se levantó y las comenzó á decir. Y como esas mismas lecciones (que eran del profeta Isaías) hiciesen á su propósito, porque hablaban de la conversion de las gentes, y juntamente de la caridad con los prójimos, levantáronle mas el espíritu. Y estando así leyéndolas al púlpito, vió súbitamente en espíritu muchas ánimas de infieles en gran número que se convertian á la fe, y venian como desaladas á recibir el santo bautismo. Fué tanto el gozo y alegría que su espíritu sintió interiormente, que no fué en su mano dejar de mostrarlo de fuera. Y así, como hombre loco y fuera de juicio, comenzó á dar voces, y decir tres veces en alta voz: «Loado sea nuestro Señor Jesucristo.» Y dicho esto quedó como fuera de sí, que no pudo pasar adelante. Los religiosos, viéndolo así como atónito y como embriagado, no sabiendo el misterio, pensando que enloquecía, lleváronlo á una celda y claváronle la ventana, y cerrándole la puerta de la celda, se tornaron á acabar los maitines. El varon de Dios se quedó en la celda absorto y fuera de sí hasta otro día á hora de misa mayor, que volvió en sí. Y como se halló encerrado y la celda oscura, quiso abrir la ventana (que no habia sentido como la enclavaron) y no la pudo abrir. Sonrióse, conociendo que de temor no se echase por ella la habian cerrado así los frailes. Tornó á pensar y contemplar en la vision que habia visto, y rogó á Nuestro Señor se la dejase ver con los ojos corporales, y que él no muriese hasta verla cumplida. Fué el Señor servido de se lo conceder, y viniendo á esta Nueva España (como abajo diremos), por diversas veces vió multitud de indios pedir el bautismo y juntarse con mucho deseo de oír y deprender la doctrina cristiana. Entonces daba él infinitas gracias á Dios porque le habia hecho ver con los ojos corporales lo que en espíritu le habia mostrado. Y despues descubrió á algunos religiosos sus familiares en esta Nueva España, para gloria de Dios, la revelacion dicha. Porque en España, donde él la habia tenido, aunque fué preguntado de algunos luego como volvió en sí, qué era lo que habia visto, no lo quiso descubrir ni decir en público. Despues que el varon de Dios vió esta vision de los infieles y su conversion, inflamado en mayor caridad y amor del prójimo, comenzó á procurar la ida entre ellos, suplicando á Dios en sus continuas oraciones que él lo ordenase segun su divino beneplácito, y rogando á sus amigos espirituales que encomendasen

al Señor cierta jornada que pensaba hacer, como tambien poniendo alguna diligencia humana para ponerlo por obra, imaginando de pedir licencia para ir entre los moros de África. Estando ya, pues, determinado de hacer esta jornada, pidió la licencia por tres veces, y no le fué concedida. Y la una vez de estas que iba á do estaba el prelado, como pasase un rio que iba muy crecido, tuvo harto que hacer en pasarse á sí solo, y tuvo por bien de soltar una Biblia y otros librillos que llevaba para su espiritual consuelo. Y visto que el rio se los llevaba, encomendólos muy de corazón á Nuestro Señor y á su bendita Madre que se los guardasen, y fuélos á tomar buen trecho de allí el rio abajo, sin haber padecido detrimento alguno. En este intervalo, una persona muy espiritual á quien Dios comunicaba muchos secretos, tuvo revelacion que cuando fuese tiempo el Señor llamaria á Fr. Martin y á otros que con él habian de ir, y envióle á decir: «Hermano Fr. Martin, sosegaos, y no cureis de hacer la jornada que tratais, porque no es esa la voluntad de Dios. Estad seguro y cierto que cuando fuere tiempo conveniente, él os llamará sin que vos lo procureis.» Sosegóse con esto Fr. Martin, y doce años despues el ministro general Fr. Francisco de los Ángeles, con mucho acuerdo y prevencion, lo señaló y eligió para que viniese al negocio de la conversion de estas gentes indianas con doce compañeros, los que á él le pareciesen mas idóneos.

CAPÍTULO V.

De la abstinencia, penitencias y otros ejercicios espirituales con que el siervo de Dios rendia su cuerpo á la obediencia del espíritu.

FuÉ este varon de Dios observantísimo de su regla, y vivió en suma penuria y estrechez. Anduvo siempre descalzo. Vestia solo un hábito, y debajo de él un cilicio áspero de cerdas. Su comida era una escudilla de cocina, y por fiesta, siendo prelado, le echaba en ella el cocinero algunos bocados de carne. Demas de los ayunos de la Iglesia y de la regla, ayunaba otros muchos dias. Traia consigo ceniza para echar en la cocina y en lo demas que comia, por quitarle el sabor. Algunas veces si estaba dulce el manjar, echábale agua con la ceniza, acordándose del profeta, que decia: «Comia yo ceniza así como pan, y mezclaba mi bebida con llanto.» Y tambien trayendo á la memoria aquellas palabras del Hijo de Dios por otro

Thren. 3.

I Corinth. 9.

II Corinth. 4.

Galat. 4.

Rom. 8.

profeta: «Acuérdate de mi pobreza, amargura y hiel.» Á la vejez augmentó la abstinencia á ejemplo del santo abad Hilarion, ayudando cuatro dias en la semana con pan y legumbres. Tenia unas ásperas disciplinas, y donde quiera que llegaba tomaba por regalo azotarse mucha parte de la noche. En la oracion era su continuo y principal ejercicio, trayendo siempre delante de sí á Jesucristo crucificado. Con esta memoria era tan áspero consigo, que no perdonaba á su cuerpo ningun género de penitencia, antes lo castigaba con mucho rigor, y así lo traia sujeto al servicio del espíritu, ejercitando en él la mortificacion de Jesus, con ayunos, vigiliass, azotes, cansancio, frio y calor, y otras penalidades voluntarias, porque los que son de Cristo mortificaron y crucificaron su carne con los vicios y deseos del mundo. En el tiempo de sus enfermedades (con que el Señor mucho lo visitaba) no queria cama mas blanda que una corcha ó una estera, ni beber un poco de vino, ni tomar otras medicinas, ni curarse con otro médico sino con el verdadero, que es Jesucristo. La última vez que fué prelado, cuasi al cabo de su vida, no se contentando con los trabajos del oficio y los ejercicios acostumbrados de su continua oracion y contemplacion, y otros corporales que tenia, añadió otros por no dar algun descanso á su cuerpo. En particular tomó por devocion hincar cada dia las rodillas muchas veces y á menudo en tierra. Y estaba en este ejercicio cada vez que las hincaba, como un cuarto de hora, con que recibia mucha fatiga y cansancio por su vejez; tanto, que una vez, como estuviese en este ejercicio en su celda de noche, un fraile que estaba aposentado junto á ella, sintiéndolo gemir, pensó que era otra cosa, y llegando á la puerta de la celda oyóle acezar como hombre fatigado y cansado, y pensando que era algun demonio que lo fatigaba y que luchaba con el varon santo, fuélo á decir á otro religioso muy familiar del siervo de Dios Fr. Martin, el cual como sabia muy bien lo que era, le dijo que no curase de ello, que era otra cosa de lo que él pensaba. Tenia tanto cuidado y solicitud en cumplir estos sus ejercicios, que nunca los perdía por ocasion y ocupacion que tuviese. Si alguna vez estaba ocupado ó le era forzoso entender en las cosas de su oficio, y se le pasaba la hora de sus ejercicios, como era estar en cruz ó de rodillas, ó tomar alguna disciplina, ó contemplar la vida y pasion de Cristo, despues en breve tiempo volvia á cumplir lo que habia dejado, teniendo los tales ejercicios como por cosa obligatoria. Y decia á los compañeros: «Aun no he pagado hoy mis devociones.» Sabia muy bien lo que dice el apóstol, que no son dignas

las pasiones voluntarias que el hombre toma en el tiempo de esta vida para merecer el premio de la eterna que nos está aparejado. Y si lo son, es mediante las que la humanidad santísima de nuestro Redentor por nosotros padeció. Por esto este siervo suyo tan voluntariamente se abrazaba con ellas y las tomaba con prontitud de ánimo y corazon, llamándolas devociones, para consolarse con esto. La impresion que en él hacia la memoria de la pasion del Señor, claramente la experimentaban sus compañeros en su exterior apariencia, particularmente desde el domingo que la Iglesia intitula de Pasion, hasta la Pascua de Resurreccion, porque en aquel tiempo se paraba tan flaco y debilitado, como si estuviera muy enfermo. Y en llegando la Pascua, volvia luego en sí. Confesó el santo varon á algunos de sus familiares, que esto procedia del gran sentimiento interior que en aquel tiempo de la pasion su espíritu recibia. Y que no era en su mano dejar de mostrarlo defuera en el cuerpo. Y húbolos de satisfacer, porque le importunaban preguntándole qué sentia ó qué enfermedad padecia. En otros tiempos usaba otras maneras de ejercicios, que era cantar despues de maitines un cántico de divinas alabanzas tan suave y apacible, que parecia cantarse con voz de ángel á quien lo oía. Mas lo que en aquel cántico decia, solo Dios lo sabe, porque no habia quien lo pudiese entender. Despues de maitines apenas dormia; todo era hasta la mañana aparejarse para celebrar. Decia cada dia misa muy de mañana, donde derramaba muchas lágrimas muy cordiales y de gran devocion. Comunmente se confesaba de dos á dos dias. En adquirir y granjear las virtudes era muy solícito, y sobre todas ellas trabajó por alcanzar la verdadera humildad, como fundamento de todas las otras. En esto ponía mayor diligencia, como quien tenia conocimiento de sí mismo, porque era naturalmente brioso y de complexion colérica, y no hombre manso ni tierno, que fué mucha parte para comenzar y perseverar en su austeridad y rigor de penitencia. Mas considerando que no bastaba cumplir con Dios en la interior humildad conociendo su bajeza y vileza y despreciándose á sí mismo, sino que era menester cumplir tambien con los hombres no los ofendiendo con movimientos briosos de muestras exteriores, tenia una envidia santa á los que de su natural eran mansos y mortificados. Por esto solia decir á Fr. Francisco Jimenez, uno de los once compañeros que con él vinieron y el mas familiar suyo (que era como otro Fr. Leon, á quien llamaba Fr. Oveja el padre S. Francisco): «¡Oh hermano, quién fuera de vuestra condicion!» Y el bendito Fr. Francisco Ji-